

famoso castillo de que tanto me habías hablado?

—Quiero decir que ya estamos en nuestro terreno y que desde aquí ya puedes mandar como una verdadera reina.

—Pues entonces mando que me dejen sola en un cuarto por que no quiero mostrarme á mis vasallos de... ¿Cómo se llama nuestro castillo?

—Anticoli.

—A mis vasallos de Anticoli con esta facha: les daría miedo.

—¡Civetta! dijo sonriendo el capitán.

—En un cuarto de hora estoy lista.

Zefrina nos echó fuera y se encerró.

—¿Con que teneis un castillo, capitán? le pregunté yo.

—Sí, me respondió.

—¿Vuestro?

—No, ya comprendes tú que si fuese mio se alarmaría el gobierno; pero es de un señor romano que me lo presta, y á quien pago una renta por él. El buen hombre tiene precisión de vivir en la ciudad por su empleo, y es preciso que utilice su casa de campo.

—Pues entonces vamos á estar como gallos en su propio gallinero.

—No comprendo qué quiere decir eso.

—Es una espresión que tal vez no entenderá un italiano; quiere decir que estaremos allí perfectísimamente.

—Perfectísimamente, esa es la espresion. De tiempo en tiempo será preciso tirar algun tiro; pero esos son las diversiones del oficio.

—Recordará el capitán que yo no estoy ajustado en su servicio sino para tocar el violon.

—Pues entonces, ¿qué significa ese fusil y ese morral que reclamabas como tuyo?

—Mios son efectivamente. A propósito ¿hay caza en vuestras posesiones?

—Magnífica.

—¿Y qué clase de caza?

—Toda.

—¿Teneis ortegas?

—¿Ortegas? á bandadas.

—¡Bagatela! capitán, yo me encargo de los asados.

—Bueno, te daré tres ó cuatro de mis gentes para que te sirvan de ojeadores, y cazarás tanto cuanto quieras.

—Capitán, me habíais prometido....

—¿El qué?

—Mis cien escudos.

—Es muy justo: Picard, hareis volver sus cien escudos á este buen hombre.

—En verdad, capitán, que no sé por qué os persiguen: sois el mas honrado bandido que he conocido.

—¡Ecco mi! dijo Zefrina entrando en donde estábamos.

—¡Tan pronto! dijo el capitán.

—¡Bah! soy muy lista, he tenido tiempo de hacer todo lo que tenia que hacer.

—¡Bravo! en este caso pongámonos en camino.

—Estoy pronta, dijo Zefrina.

El capitán abrió la ventana.

—¡A marchar! gritó.

Entonces Zefrina tuvo tiempo de cambiar una mirada conmigo y de enseñarme el solitario: comprendí todo lo que habia tenido que hacer en aquel cuarto.

Echamos á andar hácia las dos, y á las cuatro nos hallamos á la orilla de un riachuelo. El capitán llamó al barquero por su nombre. Este corrió con un apresuramiento que anunciaba que habia conocido la voz del que le llamaba.

Mientras pasábamos, el capitán y el barquero hablaban en voz baja.

—¡Y bien! preguntó la señorita Zefrina con una inquietud perfectamente representada. ¿No está vuestro castillo en su sitio?

—Al contrario, dijo el capitán; dentro de un cuarto de hora nos hallaremos instalados en él.

—¡Bendito sea Dios! dijo Rina, porque hace ya mucho tiempo que andamos corriendo por esos campos.

Entramos en una alameda que hallamos, á cuyo final estaba la verja de una magnífica casa de campo. Llamó el capitán: salió el conserje á abrir.

Apenas hubo reconocido al capitán, cuando tocó de cierto modo la campana, y cinco ó seis criados acudieron inmediatamente.

Parece que el capitán era muy deseado, porque fué grande la alegría entre todos aquellos criados cuando supieron su llegada. El capitán recibió todas aquellas demostraciones como homenajes que le eran debidos, y á los que estaba acostumbrado.

—¡Está bien, está bien! dijo el capitán, id delante y alumbradnos.

Obedecieron los criados. Uno de ellos quiso coger mi violon, con buena intencion sin duda; pero como era un excelente instrumento no quise confárselo. De aquí resultó un pequeño altercado que terminó por un fuerte puñetazo que le dió Picard: quedé dueño de mi violon, resuelto á traerle conmigo á Francia si tenia algun dia la dicha de volver á ella.

Llevaron á cada uno de nosotros á sus respectivos cuartos.

Señores, era un palacio, un verdadero palacio, como habia dicho el capitán. Yo tenia para mí un cuarto con frescos magníficos. Verdad es, que el cuarto daba á un gran salon que no podia entrar ni salir sin pasar por delante de cinco ó seis criados, que desde luego, señores, me parecia que eran bandidos disfrazados de criados.

Debeis comprender, caballeros, cual seria mi situacion. Asi cuando yo iba á llamar para ver si me podian prestar alguna ropa, entró un criado con varias camisas, medias, zapa-

tos, cinco ó seis pares de calzones, una multitud de casacas, y otra infinidad de levitas, rogándome que cogiera entre aquello cuanto me gustase ó estuviese arreglado á mi cuerpo. Yo me horripilaba, señores, al considerar que toda aquella prendería sin duda alguna, habia venido á aquel parage contra la voluntad de su dueño. Asi es, que me limité á tomar una levita, una casaca, dos pares de calzones y media docena de camisas. Nadie podia ser mas prudente en semejante caso. Antes de marcharse el criado me abrió un gabinetito mas pequeño donde habia ya preparado un baño, y me dijo que se comeria *alle veintidues*. Despues de muchas aclaraciones, ya llegué á entender que me queria decir que comeriamos de seis á siete de la tarde.

Justamente tenia, como se ve, tiempo para arreglarme y vestirme. Felizmente encontré sobre una mesa destinada al efecto todo lo que era necesario, y entre otras cosas unas excelentes navajas de afeitarse inglesas que despues he echado muchísimo de menos, porque jamás las he vuelto á encontrar tan buenas.

Apenas acababa de vestirme, sonó la campana de la comida. Di la última mano á mi peinado, y salí de mi cuarto echándome la llave en el bolsillo, por miedo no me tocasen el violon. A la puerta encontré un criado que me aguardaba para llevarme al salon.

En él me encontré un caballero jóven, una señora joven tambien, y un oficial francés. Creia haberme equivocado y quise retirarme. Pero en el momento en que iba haciéndome hácia atrás, pisé el pie del criado. La jóven me dijo.

—Y bien, mi querido Louët, ¿qué haceis? ¿No coméis conmigo?

—¡Perdon! la dije... no os habia conocido, señorita.

—Si quereis mejor, señor Louët, dijo el jóven, os llevarán la comida á vuestro cuarto.

—¡Cómo! ¿sois vos, capitán?

Señores, no acababa de volver en mí.

—¡Ah! el señor Louët no querrá hacernos la injuria de privarnos de su amable compañía, dijo el oficial inclinándose á modo de saludo.

Me volví hácia él para corresponder á su atencion.

Señores, era el teniente. Habia habido allí un cambio de decoraciones lo mismo que en la Cenerentola.

—Al *suo commodo*, dijo un lacayo, abriendo las dos hojas de la puerta del comedor.

—¿Qué es lo que quiere decir, caballero? pregunté yo al teniente.

—Quiere decir, señor Louët, respondió este que la sopa está en la mesa.

El capitán dió la mano á la señorita Zefrina, y el teniente y yo le seguimos detrás.

Entramos en un comedor perfectamente iluminado en donde habia una comida admirablemente servida.

—No sé si quedareis contento de mi cocinero, mi querido Louët: me dijo el capitán ocupando su sitio é indicándome el mio.

Es un cocinero francés y dicen que es bastante bueno; le he mandado en obsequio vuestro que nos haga dos ó tres platos provenzales.

—¡Platos con ajos! ¡Oh! que asco, dijo el oficial francés, tomando un polvo de tabaco perfumado en una caja de oro.

Señores, creia estar soñando.

Me pusieron la sopa.

—¡Toma! exclamé yo, es una bouillabessa.

Señores, estaba divinamente hecha.

—¿Habeis echado una ojeada sobre el parque, señor Louët? me dijo el capitán.

—Sí, excelentísimo señor, desde la ventana de mi cuarto.

—Dicen que hay mucha caza: preciso será verlo, señor Louët. Habeis prometido encargarnos del asado.

—Y renuevo mi promesa, capitán, solamente que os suplicaré mandeis me devuelban mi escopeta. Estoy acostumbrado á ella ¿qué quereis? no tiro bien si no con ella.

—Está bien, dijo el capitán.

—¿Sabeis que comemos mañana temprano, Tonino? Me habeis prometido llevarme al teatro Della Valle: tengo curiosidad de ver esa mala bailarina que me ha reemplazado.

—Pero, querida mia, dijo el capitán, no hay teatro hasta pasado mañana: ademas, no sé si el cupé estará en buen estado; voy á hacer que me informen de todo esto, estate tranquila. Mañana entretanto si quieremos podemos ir á caballo á Tiboli ó á Subiaco....

—¿Sereis de los nuestros, señor Louët? dijo la señorita Zefrina.

—No, señora, muchas gracias, respondí yo; no tengo costumbre de montar á caballo, y no es para mí una diversion; y pues el capitán me lo ha ofrecido, cazaré: antes que todo soy cazador.

—Haced lo que gustéis, señor Louët, completa libertad, dijo el capitán.

—Yo haré compañía al señor Louët, y cazaré, capitán, dijo el teniente.

—Eso es demasiado honor para mí, respondí haciendo un saludo.

Quedó, pues, convenido, que á la mañana siguiente el capitán y la señorita Zefrina irian á caballo á Subiaco, y el teniente y yo permaneceriamos en el castillo para hacer una partida de caza.

Despues de la comida el capitán nos dió al teniente y á mi completa libertad; aprovechámonos de ella, señores, yo sobre todo comprendereis, que despues de quince ó diez y ocho dias de una vida muy agitada y muy cansada. Volvíme, pues, á mi cuarto. Señores, no podeis juzgar cuanto asombro tuve al hallar mi escopeta en un rincon, mi morral en otro, y mis cien escudos sobre la

chimenea. Aquello me convenció de que en el castillo del señor capitán Tonino no había necesidad de llaves para abrir las puertas.

Mientras me desnudaba, el cocinero á quien yo había hecho dar la enhorabuena por su boullabessa, vino á preguntarme si desca- ba desayunarme á la provenzal, á la francesa ó á la italiana, habiendo mandado el conde de Villaforte, despues de la proyectada cacería que me sirviesen el almuerzo en mi cuar- to. Parece que el capitán Tonino al cambiar de vestido había tambien juzgado convenient- te cambiar de nombre. Repetí á aquel hombre mis enhorabuenas, y le dije que me pusiese un pollo frito con aceite, de otro modo, un pollo á la provenzal: es mi plato favorito, señores. La noche fué buena, tan buena que no me desperté si no cuando me trajeron el desayuno.

Señores, me desayuné como un rey.

Estaba apurando una jicara de chocolate, cuando me tocaron en el hombro. Me volví, era el teniente en su traje de caza de los mas elegantes.

—Y bien, me dijo, ¿estamos listos?

Le pedí mil perdones, pero le hice la observacion de que no podría cazar con cal- zon corto. Me enseñó entonces con el dedo un vestido completo de caza igual al suyo que me estaba aguardando sobre el sofá. Me ha- llaba, señores, como Aladino en las Mil y una noches: no tenía mas que formar un de- seo para verlo inmediatamente satisfecho.

En un abrir y cerrar los ojos me puse lis- to. A la puerta dos criados tenían cuatro ca- ballos de silla: uno para el capitán, otro para la señorita Zefrina y los otros dos para los dos lacayos.

El capitán bajaba al mismo tiempo que nosotros: colocó un par de pistolas de dos cañones en los arzones de la silla, y los dos criados que debían acompañarle hicieron otro tanto. Amo y criados estaban vestidos con una especie de traje de capricho que les permitía llevar cuchillos de monte. El capitán vió que yo notaba todas estas precauciones.

—¿Qué queréis, mi querido señor Louët! me dijo; está tan mal montada la policía en este país que puede uno tener un mal encuentro. Es bueno ir preparado, ya me comprendéis.

Precisamente yo comprendía todo lo con- trario. Yo estaba soñando ó soñaba en aquel momento. ¿Cuál de las dos cosas será ilusión, el capitán ó Villaforte? ¿Cuál de los dos será la realidad? Esto es lo que yo no podía es- clarecer. Resolví dejar correr las cosas.

En cuanto á la señorita Zefrina estaba encantadora con un traje de amazona.

—Divertirse, señor Louët, me dijo el capi- tán al montar á caballo. Estaremos de vuelta á las cuatro: espero que á esta hora habreis concluido vuestra caza.

—Yo también lo espero, señor conde, res- pondí, aunque en la caza no se puede ase-

gurar nada; no se sabe á donde puede lle- varle á uno una cacería.

—En todo caso, dijo el capitán metiendo espuelas á su caballo y obligándole á hacer dos ó tres corbetas, en todo caso Beauma- noir te recomiendo el señor Louët.

—Ved descuidado, conde, respondió el te- niente.

Y habiéndonos saludado por última vez con la mano, así como la señorita Zefrina, los dos salieron al galope seguidos de los criados.

—Disimulad, caballero, dije yo acercándome al teniente, ¿vos sois á lo que creo al que llaman el conde Beaumanoir?

—El mismo.

—Yo creía que la familia de los Beauma- noir era una familia que se había extinguido.

—Pues bien, yo la hago resucitar y nego- cio concluido.

—Dueño sois de hacerlo, caballero, le dije yo. Mil perdones por mi indiscrecion.

—No hay de qué, mi querido Louët. ¿Qué- reis un perro ó no lo queréis?

—Caballero, mejor quiero cazar sin perro: el último que he tenido me ha insultado de una manera demasiado cruel, y tendría mie- do de que se renovase otra vez el lance.

—Como gustéis, Cayetano, suelta á Romero. Nos pusimos á cazar. Señores, de los seis primeros tiros que tiré maté cuatro ortegas, lo que prueba que la de Marsella era una or- tega encantada. Esto hizo reír á Beaumanoir.

—¿Cómo! me dijo ¿os divertís en tirar se- mejante caza?

—Señor, le dije, en Marsella la ortega es un ave muy rara. No he visto mas que una en toda mi vida, y á ella debo el gusto de ha- llarme en vuestra compañía.

—¡Bah! reservaros para los faisanes, las liebres y los gamos.

—¿Cómo! exclamé; ¿veremos semejante caza?

—Mirad, ahí hay uno que salta entre vues- tras piernas.

En efecto, señores, un gamo acababa de saltar á diez pasos de mí.

De trecho en trecho encontraba jardineros que me parecía haber visto en alguna parte, guardas cuyos rostros no me eran desconoci- dos. Todos me saludaban: me parecía que eran todos mis bandidos que habían cambiado de traje; pero había yo visto tantas cosas admirables, que tomé el partido de no pensar ni ocuparme de nada.

Hicimos un fuego grande de escopeta. El parque era inmenso, cercado de tapias con ver- jas colocadas de trecho en trecho para pro- porcionar las magnificas perspectivas. Hallán- dose en frente de una de aquellas verjas el señor de Beaumanoir tiró á un faisán.

—Signore, me dijo un paisano que estaba al otro lado de la verja; *questo castello zé il castello d'Anticoli?*

—Perdon, paisano, le respondí acercándome-

me á él, no entiendo una palabra de italiano. Habladme en francés y tendré mucho gusto en contestaros.

—¡Toma! sois vos, señor Louët, me dijo el aldeano.

—Si, yo soy: ¿pero cómo sabéis que soy yo?

—¿No me conocéis?

—No tengo ese honor.

—Ernesto, el oficial de húsares, vuestro compañero de viage.

—¡Ah! ¡caballero Ernesto! ¿sois vos? muy contenta se va á poner la señorita Zefrina.

—¿Con que es verdad que está aquí Zefrina?

—Sin duda, señor Ernesto, está prisionera como yo.

—¿Con que el capitán Tonino?....

—No es otro que el conde de Villaforte.

—¿Y esta quinta?....

—Una caverna de bandidos, señor.

—Es cuanto deseaba saber. Adios, mi que- rido Louët, si nos viesen hablar juntos podían concebir sospechas. Decid á Zefrina que ma- ñana tendrá noticias mías.

Y se lanzó en el bosque.

—¡Trae, Romeo, trae! gritó el teniente.

Me acerqué á él.

—Y bien! parece que es un faisán.

—¡Ah! un hermoso macho, caballero; un hermoso macho.

—¡Si, si, lo es! ¿A quien hablabais ahora, señor Louët?

—A un aldeano que me hacia una pregun- ta en italiano, á quien respondia que tenía la desgracia de no comprender ese idioma.

—¡Ya! dijo con aire de duda y mirándome al soslayo el teniente. Habiendo vuelto á car- gar la escopeta: querido señor Louët, me dijo, mas vale que yo que hablo italiano vaya al lado de la cerca; podría volver otro aldeano que tuviese preguntas que hacer, y en este caso yo me encargaria de responderle.

—Como gustéis, respondí yo, sois dueño de hacerlo.

Ejecuté, pues, la maniobra mandada, pero por mucho que miró no vió á nadie.

Hicimos una soberbia cacería. Debo decir en verdad que el teniente era escelente tira- dor. A las cuatro volvimos á casa. El conde de Villaforte y la señorita Zefrina no habían vuelto todavía.

Subí á mi cuarto para prepararme á la co- mida; pero como no necesitaba dos horas pa- ra hacer mi tocador, cogí mi violon y me pu- se á tocar. Era un escelente instrumento, y resolví entonces mas que nunca no volverme á separar de él.

A las cinco y media bajé al salón. Fui el primero. Un instante despues el conde de Vi- llaforte y la señorita Zefrina entraron en él.

—Y bien, mi querido señor Louët, ¿os ha- beis divertido mucho?

—A fé mía, señorita, que muy descontent- adizo sería si dijese lo contrario.

—¡Oh! las inmediaciones de Anticoli son lindísimas.

—¡Capitán! dijo el teniente abriendo la puerta.

—¿Quién me llama capitán? Yo no soy ca- pítan, mi querido Beaumanoir, sino el conde de Villaforte.

—Capitán, replicó el teniente; se trata de un negocio serio; venid un instante, os suplico.

—Perdon, querida amiga; perdon, señor Louët; pero ya sabéis, los negocios ante todo.

—Obrad como gustéis, señor conde. Salió el capitán. Le seguí con los ojos has- ta que se volvió á cerrar la puerta. Despues, cuando estuve seguro de que nada podría oír:

—He visto al señor Ernesto, dije á la seño- rita Zefrina.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¡Ah! mi querido Ernesto, nos habrá se- guido de posada en posada.

—Es probable, á no ser brujo.

—¿No os ha dicho nada para mí?

—Me ha dicho que mañana tendriais noti- cias suyas.

—¡Oh que felicidad! señor Louët, va á li- bertarnos.

—Pero señorita, la dije ¿cómo os encontrais en esta sociedad si tanto la despreciáis?

—¿Y cómo os encontrais vos mismo?

—Yo he sido traído á la fuerza.

—¿Y yo creéis que he venido por mi gusto?

—Entonces ese bandido de capitán....

—Me vió bailar en el teatro de Bolonia, se enamoró y me robó.

—Es un ateo que no respeta ni las bailari- nas ni los violones.

—Lo que mas pena me da de todo esto es que el pobre Ernesto habrá creído que yo me marché con un cardenal, porque en aquella época un cardenal me hacia la corte.

—¡Oh!...

—Silencio; Tonino vuelve. ¡Y bien! dijo Zefrina saliéndole al encuentro ¿qué tene- mos? ¡Oh que facha! traes malas noticias.

—Al menos no son buenas.

—¿Y son de buen origen? preguntó Zefri- na con una alarma y un gesto bastante na- turales.

—No pueden ser de mejor origen: vienen de un amigo que está empleado en la policía.

—¿Y qué anuncia, Dios mio?

—Nada de positivo; solamente se trama al- guna cosa contra nosotros. Hemos sido segui- dos desde Clinsciano hasta Barberina, y han perdido nuestra pista detrás del monte Gene- ro. Hija mia, creo será preciso renunciar ma- ñana al teatro *Della Valle*.

—Pero no nos impedirá comer ahora, ca- pítan.

—Mira, ahí tienes la respuesta, contestó el capitán.

—S. E. está servido, dijo un lacayo abrien- do la puerta.

Al entrar en la sala de comer, ví que el capitán y el teniente tenían cada uno un par de pistolas cerca de su cubierto: además, cada vez que se abría la puerta para entrar la comida veíamos en la antesala dos bandidos con las carabinas terciadas al brazo.

Silenciosa fué la comida como es fácil de pensar: sin embargo, se acabó sin novedad alguna. Conocía instintivamente que nos aproximábamos a la catástrofe y no la veía venir sin alarma.

Después de comer el capitán colocó centinelas por todas partes.

—Rinita, dijo el capitán, te pido perdón de no hacerte compañía; pero es preciso que vele por nuestra seguridad. Si quieres acertarlo échate en tu cama vestida, por que podría suceder muy bien que tuviéramos que despertarnos durante la noche, y quisiera entonces encontrarte lista á fin de poderte llevar á un parage seguro.

—Haré todo lo que tú quieras, respondió la señorita Zefrina.

—Y vos, señor Louët, tendreis que tomar las mismas precauciones.

—Señor conde, estoy á vuestras órdenes.

—Ahora, Zefrina, si quieres dejarnos la habitación baja, súbete á la principal, porque tenemos que tomar algunas disposiciones que no convienen con la presencia de una señora.

—Voy á subir á mi cuarto, respondió la señorita Zefrina.

—Y yo también, exclamé.

El capitán se acercó á un tirador y dió un campanillazo.

—Esto va muy bien, señor Louët, me dijo la señorita Zefrina restregándose las manos.

—Esto va muy mal, señorita Zefrina, respondió yo meneando la cabeza.

—Acompañad al señor y á la señorita á cada uno á su cuarto, dijo en italiano el capitán.

Después añadió en voz baja algunas palabras que no pudimos oír.

—Espero que todo esto no será mas que una falsa alarma, dijo la señorita Zefrina.

—Hum! hum! no sé porque, dijo el capitán, tengo un mal presentimiento... Si tengo un instante libre, Zefrina, iré á verte. Buenas noches, señor Louët.

—Buenas, capitán, dije al salir.

La señorita Zefrina se habia quedado un poco detrás. Ya habia yo subido los diez primeros escalones cuando la senti subir: me detuve para aguardarla, pero el bandido que me acompañaba me dió un empujón por la espalda.

Entré en mi cuarto: el bandido me dejó la lámpara y salió. Al irse cerró la puerta con dos vueltas.

—Hum! hum! dije, parece que estoy prisionero.

Nada podía hacer mejor que tumbarme sobre mi cama y esto es lo que hice.

Señores, pasé muchas horas en muy tristes reflexiones: poco á poco mis ideas se fueron confundiendo. De tiempo en tiempo solamente me estremecía y abría los ojos: en fin, señores, á fuerza de abrirlos los cerré una vez, sin duda, y me dormí.

No sé cuanto tiempo estaria durmiendo, cuando oí que entraban en mi cuarto y que me daban golpes en el hombro.

—¡Súbite! ¡súbite! me dijo una voz.

—¿Qué hay, señor? pregunté sentándome sobre la cama.

—Non so niente, ma bisogna seguirme.

Comprendí que aquel hombre me mandaba que le siguiera.

—¿Y á dónde os he de seguir? pregunté.

—Non capisco, avanti, avanti.

—¡Ya estoy, ya estoy! ¡qué diablo! ¿se ha prendido fuego á la casa?

—Avanti, avanti.

—Perdonad, yo no me dejo aquí mi violon, no quiero que suceda ninguna avería á mi instrumento. Espero que no me esté prohibido coger mi violon.

El bandido me hizo un gesto de que no, pero que era preciso despacharme.

Me eché mi violon á la espalda, y le dije que estaba dispuesto á seguirle.

Entonces echó á andar delante de mí; me hizo atravesar muchos corredores, después bajar una escalerita al cabo de la cual abrió una puerta y nos hallamos en el parque: comenzaba á amanecer.

No puedo deciros, señores, las vueltas y revueltas que dimos: en fin, nos hallamos en un grupo de árboles en el sitio mas sombrío, y descubrimos la abertura de una gruta.

Ví que aquel era mi cuarto provisional. Comencé á tientas á reconocer la localidad, cuando de pronto senti que me cogían por la mano. A punto estuve de dar un grito; pero la mano que me cogía era muy dulce y muy suave, de modo que reconoci pronto que no era la de un bandido.

—¡Chut! me dijo una vozecita.

—No hablo ni una palabra, señorita.

—Poned en el suelo vuestro violon.

Obedecí.

—Y bien, ¿qué hay?

—Hay que están cercados por un regimiento á cuya cabeza se halla Ernesto.

—¡Oh valiente Ernesto!

—¿Comprenderéis lo que me ama? Nos ha seguido desde Siena hasta aquí. ¡Qué felicidad, mi querido señor Louët, el que hayais sido hecho prisionero!

—Sí, es una gran felicidad, respondí yo.

—Pues yo he tenido esa idea.

—¿Cómo!

—Seguramente; he dicho que no podía bailar sin músico, y tanto han buscado que han concluido por encontraros.

—¿Cómo! con que os debo á vos?....

—A mí; querido mio, á mí sola, sin contar

que gracias á vuestro solitario he podido dejar por todas partes á Ernesto el itinerario de nuestro viage.

—¿Pero por qué estamos reunidos en esta gruta?

—Porque es el sitio mas retirado del parque, y por consecuencia el último donde vendrán á buscarnos. Además, hay una puerta que da probablemente á un subterráneo, el cual debe de tener salida al campo.

—Pues bien, si nosotros nos escurrimos por esa puerta, señorita, me parece que seria lo mas acertado.

—¡Ah! sí, sí, es verdad: pero no hay mas que una desgracia, y es que la puerta está cerrada.

Se oyó un tiro.

—Escuchad, señorita, exclamé.

—¡Bueno! Esto comienza, dijo Zefrina.

—¡Dios mio! ¿Dónde ocultarnos?

—Me parece que no podemos estar mas ocultos de lo que estamos.

—Señorita Zefrina, la dije, espero que no me abandonaréis.

—¿Abandonar yo á un amigo? ¡Jamás! Sin embargo, con una condicion. ¿Oís? ¿oís?

Las descargas redoblaban y parecia fuego por batallon.

—¿Cual es esa condicion, señorita? Todo lo que queráis.

—Es, que si Ernesto os pregunta sobre mis relaciones con ese monstruo, le direis que han sido siempre honradas, y que jamás he accedido á sus deseos.

—Pero no lo creerá, señorita.

—Sois muy simple, Louët; creará todo cuanto yo quiera hacerle creer: me ama.

—Señorita, exclamé cogiéndola las manos, me parece que esto va redoblando.

—Tanto mejor, tanto mejor, respondió Zefrina.

Aquella jóven era una leona.

Quise aproximarme á la abertura de la gruta.

—¡Dietro! ¡dietro! gritaron los dos centinelas.

Comprendí mas por el gesto que por la palabra que querían decir ¡atras! y me apresuré á retroceder.

De minuto en minuto se iba calentando el combate.

Me hallaba destinado á asistir á combates, señores; tanto en mar como en tierra me perseguían los combates.

—Me parece que los tiros se aproximan, dijo la señorita Zefrina.

—Mucho miedo tengo, señorita, respondí.

—Yo al contrario; debéis estar muy contento, eso es que huyen.

—Pues estoy contento, señorita; pero quisiera que no huyesen por nuestro lado.

Señores, oíanse gritos como si se estuvieran degollando, y en efecto, se degollaban, como pudimos ver después. Todo esto mez-

clado de tiros, de sonidos de trompeta y redobles de tambores. El olor de la pólvora llegaba hasta nosotros. Las detonaciones se aproximaban mas y mas; estoy seguro que no estaban los combatientes á cien pasos de la gruta.

De repente oímos un suspiro, después el ruido de su cuerpo que caía en el suelo: uno de nuestros dos centinelas vino rodando con terribles convulsiones dentro de la gruta. Aquel hombre habia recibido una bala perdida, y como habia quedado en el rayo de luz que se proyectaba en el subterráneo no perdimos ni uno solo de los gestos de su agonía ni de sus últimas convulsiones.

Debo decir, sin embargo, que á aquella vista, la señorita Zefrina me cogió las manos y senti que temblaban.

—Señor Louët, que cosa tan terrible es ver morir á un hombre.

En aquel momento oímos una voz que gritaba.

—¡Detente, miserable! ¡Detente! ¡Aguárdame!

—¡Ernesto! exclamó la señorita Zefrina, es la voz de Ernesto, y se lanzó hácia la boca de la gruta.

En el mismo instante el capitán se precipitó en ella todo ensangrentado.

—¡Zefrina, gritó! ¡Zefrina! ¿dónde estás?

Pero como venia de la luz, y sus ojos no estaban acostumbrados á la oscuridad, no pudo vernos.

La señorita Zefrina me hizo seña de que guardase silencio.

Permaneció el capitán un instante como desvanecido; después sus ojos penetraron en todas las profundidades de la gruta: entonces nos vió.

No dió mas que un salto hácia nosotros, un salto de tigre.

—Zefrina, ¿por qué no me respondes cuando te llamo? ven, ven.

Y la cogió por un brazo y casi la arrastró hasta la puerta del fondo.

—¿Dónde queréis llevarme, donde queréis llevarme? gritó la pobre muchacha.

—Ven, Zefrina, ven.

—Yo no quiero ir con vos; dijo ella forcejeando.

—¿Cómo! ¿No quieres venir conmigo?

—No, no, ¿por qué os he de seguir? No os amo. Me habeis robado á la fuerza y no os seguiré. ¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡por aquí! ¡por aquí!

—Ernesto, Ernesto, murmuró el bandido ¡ah! ¿con que eres tú la que nos vendias?

—¡Señor Louët, si sois hombre, gritó Zefrina, socorredme, ayudadme!

Ví brillar la hoja de un puñal, señores. No tenia armas: cogí mi violon por el mango, lo levanté como una maza, y apliqué tal golpe en el cráneo del capitán que el instrumento se rompió y se encontró con la cabeza metida en el interior del violon.

Sea la violencia del golpe, sea la sorpresa de verse con la cabeza metida en el violon, el capitán abrió los brazos y dió un mugido que hizo temblar toda la gruta.

—¡Zefrina, Zefrina! gritó fuera una voz.

—Ernesto, Ernesto! gritó la joven precipitándose hacia la boca de la gruta.

—Amiga Zefrina! exclamé yo á mi vez asustado yo mismo del golpe que acababa de dar.

—Señores, ya os he dicho que aquella joven era lista y ligera como una cierva: ya estaba en los brazos del oficial; fui á ocultarme detrás de ellos.

—¡Aquí, aquí! gritó el joven teniente, señalando la entrada de la gruta á una docena de soldados que acababan de incorporarse y que se precipitaron en el interior—ahí, ahí está, traédmele muerto ó vivo.

Al cabo de cinco minutos volvieron á salir; no habían encontrado nada mas que el violon con el agujero que había hecho la cabeza. El capitán se había escapado por una segunda puerta.

—Aquí tienes, Ernesto, dijo Zefrina, á mi salvador. Ya estaba levantado el puñal sobre mi pecho, cuando ha acudido en mi socorro—y enseñaba su pecho.—Porque yo no he querido jamás acceder á sus deseos. Ya ves, ese monstruo de capitán, mejor quería matarme que verme pertenecer á otro.

—¿De veras? dijo Ernesto.

—¡Ah!... amigo, ¿lo dudas, sospechas de mí? pregunta sino á Mr. Louët.

Ví que había llegado el momento, y me aproximé.

—Señor, le dije, os juro...

—Está bien, me dijo Ernesto, nada de juramentos: ¿pensais que no la creo bajo su palabra?

—Lo creo, dije; salvo vuestro parecer, señor Ernesto, puesto que se ha escapado el capitán, lo mejor que podíamos hacer era poner á Zefrina en seguridad.

—Teneis razon, señor Louët. Ven, Zefrina.

Volvimos á tomar el camino de la quinta; pero antes de llegar nos fué preciso atravesar por el campo de batalla. Allí vimos lo menos diez ó doce muertos. Al pie de la escalinata había un cadáver que impedía el paso.

—Quitad de ahí ese perro, dijo un sargento que marchaba delante de nosotros con dos soldados.

Estos hicieron á un lado el cadáver, que tenía la cara vuelta á la tierra, y reconocí al teniente de los bandidos, al último de los Beaumanoir.

No hicimos mas que pasar al castillo: allí dejó guarnición Mr. Ernesto, y subimos en un coche con la señorita Zefrina, y Ernesto á la cabeza de doce hombres bien armados nos sirvió de escolta. No hay necesidad de de-

cir, señores, porque lo comprendereis muy bien, que yo había vuelto á recobrar mis cien escudos, mi escopeta y mi morral. Solo tenía que echar de menos á mi pobre violon. En cuanto á la señorita Zefrina, parece que no echaba nada de menos porque estaba como loca de alegría.

Al cabo de una hora casi de camino vi en el horizonte una gran ciudad con una enorme cúpula.

—Sin que lo toméis á indiscrecion, señor Ernesto, dije sacando la cabeza por la portezuela del coche ¿Tendreis la bondad de decirme qué ciudad es esa?

—¿Esa ciudad!

—Sí.

—¿La que está delante de nosotros?

—Allí, delante de nosotros.

—Sí; es Roma.

—¡Cómo! ¿Roma? ¿De veras?

—Sin duda.

—Pues bien, le dije, mucho me alegro, á fe mía; siempre he tenido muchas ganas de ver á Roma.

Dos horas despucs hicimos nuestra entrada en Roma: señores, era de veras Roma.

—¿Y visteis al papa? le pregunté yo, porque me acuerdo, señor Louët, que ese era uno de vuestros deseos.

—Como sabeis, me respondió Louët, aquel respetable anciano se hallaba entonces en Fontainebleau; pero le ví á su vuelta, y vi también á sus sucesores: porque habiéndome hecho entrar el señor Ernesto como cuarto violon en el teatro *Della Valle*, permanecí allí hasta 1830. Tanto que euando en este año volví á Marsella, señores, como hacia veinte años que me había marchado, no querian volverme mi plaza en la orquesta y me tomaban por un falso Martin Guerra.

—¿Y la señorita Zefrina?

—Señores, he oido decir que se había casado con Mr. Ernesto, de quien jamás he sabido el apellido, y que se había convertido en una gran y honrada señora.

—Y el capitán ¿no habeis vuelto á oír hablar de él?

—Si tal, señores: tres años despues se dejó prender en el teatro de *Della Valle*, y tuve el dolor de verle ahorcar.

Ved aquí como, señores, por haberme olvidado de descargar mi escopeta, que tanto fuego hizo sobre una ortega, me encontré con haber ido á Italia y haber permanecido veinte años en Roma.

—¿Sabeis la hora que es? preguntó Méry sacanco su reló: ¡las cuatro de la mañana! hermosa hora para irse á acostar.

—Felizmente, dijo Mr. Louët, enseñándonos á Jadin y á nuestros dos convidados que roncaban, felizmente estos señores se han tomado á buena cuenta un buen rato de sueño

## ÍNDICE.

La Caravana . . . . .	4	El mariscal Brune . . . . .	72
Fontainebleau . . . . .	4	La fuente de Vaucluse . . . . .	75
El 20 de abril . . . . .	9	El puente de Gard . . . . .	77
El doctor M. . . . .	42	Reboul . . . . .	80
Curiosidades chinas . . . . .	46	Aguas-Muertas . . . . .	83
Bourbon l'Archambault . . . . .	49	Un herradero . . . . .	94
Roma en las Galias . . . . .	27	La Tarasca . . . . .	98
Los señores de Cinq-Mars; y de Thou . . . . .	34	Arlés . . . . .	103
Lion moderna . . . . .	38	Los Baux . . . . .	107
Viena la hermosa, Viena la santa, Viena la patriota . . . . .	40	Crau y Camarga . . . . .	110
San Peray . . . . .	45	El Martigad . . . . .	116
Valencia . . . . .	50	Marsella la antigua . . . . .	121
Orange . . . . .	56	Marsella la gótica . . . . .	124
Roquemaure . . . . .	62	El Prado . . . . .	132
Los buenos de los gendarmes . . . . .	64	La casa fenicia . . . . .	137
El cuarto número 3 . . . . .	67	La caza de las ortegas . . . . .	144